

EL PROFESOR LUIS LÓPEZ DE MESA, UN ABANDERADO DE LA CULTURA

Palabras pronunciadas por el doctor Eduardo Durán Gómez, para tomar posesión como miembro correspondiente de la Academia Antioqueña de Historia.

1. He adquirido un compromiso muy elevado al venir a Antioquia la grande a comparecer ante su Academia de Historia, que me ha brindado el honor de ser miembro correspondiente.

Al entrar hoy aquí en este recinto de la inteligencia y del saber, debo hacerlo con el respeto a la tierra que ha sido fecunda, promisoría, heredera de virtudes y depositaria de muchas de las grandes empresas nacionales; de las del trabajo, de las de la cultura, de las del fortalecimiento de la nacionalidad y de las del saber, con todo lo que a saber refiere y de las del deber con todo lo que deber merece.

En este auditorio también, la custodia mayor del antepasado antioqueño, por aquí deambulan vigilantes los espíritus de aquellos talentos de la raza, que hicieron de este territorio un lugar para encender causas nobles y un sitio privilegiado para acometer las grandes hazañas.

2. Pero es también Antioquia, la tierra en donde vivió y triunfó, deambuló y meditó, amó y murió el profesor Luis López de Mesa.

Referirnos a él, aquí en su propia casa, puede resultar un atrevimiento o una proeza, pues se trata de hablar de uno de los intelectuales más completos que ha tenido la República. Espero no incurrir en lo uno, ni presumir de lo otro, porque sabrá entender el memorable personaje y este distinguido y calificado auditorio, que lo único que pretendemos es exaltar su magnífica obra intelectual, nunca bien evaluada y nunca bien ponderada.

Luis López de Mesa fue el prototipo del intelectual, sus grandes amigos fueron los libros; sus grandes amores fueron las responsabilidades de adquirirlo, sus grandes pasiones se circunscribieron a la preservación de los principios que lo acompañaron.

Alto de cuerpo, su estatura y su inteligencia eran los únicos excesos que reflejaba. Su mirada cautelosa, sus ademanes lentos, su tez conservada exclusivamente por el clima de su biblioteca y por la no exposición a la crudeza del ambiente; su vestir austero, siempre confiado a la elaboración nacional y su hablar lento, producto de la permanente meditación, en donde cada palabra parecía sometida a la más severa elaboración.

Por eso en su decir, ya fuera de palabra o de pluma, no era posible encontrar un término indebidamente ubicado, ni uno que no resumiera con la mayor exactitud su significado.

Por eso deslumbró como gramático y sus detractores, por fortuna siempre pocos, hacían mofa de su lenguaje que no alcanzaban a entender, y no lo entendían, pues a su vasta cultura López de Mesa sumaba el atributo de la ciencia. Esa conjugación le permitía desplazarse por todos aquellos temas reservados a los hombres doctos o a los más exigentes académicos.

Por eso a decir de Carlos Lleras, a su pensamiento sumaba “la severa rectitud de sus juicios” y “ninguna consideración oportunista pudo moverlo tampoco a expresar respecto de las personas y los hechos cosa distinta a lo que le dictaban su razón y su superior criterio moral”.

Sus escritos siempre reflejaban la profundidad de su saber. El sabía conjugar las deducciones superiores de su razonamiento, con lo anecdótico, lo elemental y lo cotidiano, haciendo gala de una excelente condición de maestro.

Habiendo sido su profesión la de Médico, descolló como docto en la Filosofía, en la Filología, en la Gramática, en el Derecho Internacional, en la Hacienda Pública, en la Literatura. Pocas veces se encuentra uno frente a una personalidad tan polifacética, acaso comparable con las que se dieron en el renacimiento europeo.

Pero fue también profesor en las Facultades de Medicina y de Jurisprudencia de la Universidad Nacional y perteneció a las Academias de la Lengua, de Historia, de Medicina, de Artes, Educación y Ciencias Naturales de Colombia.

Su temperamento paciente, unido a una inteligencia prodigiosa, lo llevó a escribir sobre lo divino y lo humano. Divagaba sobre los misterios de la humanidad, sobre las conductas del hombre, sobre los comportamientos sociales y deducía enjundiosas sentencias que lo hacían ver como un maestro del pensamiento.

Desde muy temprana edad, mostraba esas habilidades y por eso se ganaba el respeto y la admiración de quienes lo conocían.

Siendo muy joven en 1904, cuando dejó el pueblo de San Pedro por la muerte de su tío el Cura Laureano, para irse a Santafé de Antioquia donde su otro tío, el Obispo Manuel Antonio, se despidió de sus amigos diciéndoles:

“No cejen en su empeño ni reserven jamás sus opiniones, pues el hombre que reserva una idea que cree verdadera, es reo de lesa humanidad porque con su silencio podría contribuir a que el error impere”.

Tal vez esa avidez de conocimiento lo llevó a estudiar Medicina, y a especializarse en Harvard en Enfermedades Mentales y también a deambular por Universidades de España, Inglaterra, Francia, Alemania y Grecia.

Soportaba su formación con esa intensa actividad académica, fue prontamente aceptado en los Círculos Intelectuales Capitalinos, que quedaban deslumbrados de su magnífico conocimiento.

Pronto fue Concejal de Bogotá y Diputado a la Asamblea de Cundinamarca y Ministro de Educación en 1934.

Pudo el profesor López de Mesa obtener dividendos de su intelectualidad, pues le correspondió vivir una época en que en la alta política era requisito fundamental, no lo que hoy se ha dado en llamar el Manzanillismo y el Maquiavelismo Político, sino los altos y nobles intereses de la patria, que debían confiársele a sus mejores hombres, los más probos y los más doctos, a diferencia de hoy, en donde en esa actividad se resumen las peores pasiones del hombre. Allí López de Mesa hace derroche de su grandeza; como Ministro de Educación se empeñó en reformar el curriculum, en capacitar el profesorado y en darle nutrición a los estudiantes.

Un cuerpo sin combustible no puede producir y él empezó la tarea de garantizar el alimento básico a la población infantil de bajos recursos. A veces discrepaba de su jefe el doctor López Pumarejo, porque él lo quería ver más audaz, más reformador "sobre la marcha", pero él quería ir a la raíz de los problemas y tenía razón; la problemática de la educación, ayer como hoy, es estructural y para que se perciba el cambio, se requiere de un estudio metódico y profundo que evolucione poco a poco sobre las bases modernas de la Instrucción Integral.

Tal vez por esa condición de estudiar siempre con paciencia y método el origen de las cosas fue que pudo desempeñar una exitosa carrera como Diplomático, al frente de la cancillería del Presidente Santos.

El mundo se enfrentaba violentamente teniendo como escenario la II Guerra Mundial, y sin embargo la presencia afortunada de López de Mesa le permitió al país actuar con tino y acierto. El hubiera podido ser un eterno Canciller, porque por su delicadeza personal y por su mente analítica, pasaban todas las probabilidades para finalmente definir una actuación.

Por eso se ganó el respeto como negociador de límites con Venezuela, en donde dejó muy en alto los intereses de Colombia y por eso también, se le han ahorrado a estos dos países disputas mayores, que de no haberse resuelto oportunamente, hoy podrían constituir caldo de cultivo para mayores y más peligrosas confrontaciones.

En el Ministerio aprendió a conocer la Cultura Latinoamericana y escribió una serie de ensayos sucesivamente titulados "aprecio de" sobre Ecuador, Chile, Perú, Uruguay, Venezuela, Argentina y Brasil.

Esa visión le dio una clara idea, que la desarrolló cuando tuvo oportunidad de participar en Lima en la antesala de la creación de la Organización de Estados Americanos, OEA.

En la diplomacia aprendió con autoridad a hablar de café, nuestro producto bandera de exportación y también de deuda externa y de todos los asuntos atinentes a las relaciones exteriores, que bajo su conducción vivieron los más afortunados momentos.

Por eso en medio de la soledad que lo acompañaba en su residencia de Bogotá, su número telefónico, el 96-97, repicaba continuamente en demanda de consejo, para la definición de los grandes acontecimientos nacionales.

Su claridad conceptual siempre llenó de luces las dificultades de Colombia y muchos de los grandes avances se le deben a las conclusiones de su paciente dedicación.

Ya lo decía Lleras Camargo: "lo desesperaba el desorden en las ideas y en la vida, por eso se ha conservado soltero, pues sospecha que el matrimonio podría introducir un liviano desajuste en sus horarios, en sus programas de trabajo, en el récord de sus meditaciones, en la inalterable disciplina de sus paseos matinales y vesperales (de 11 a 12 del día y de 5 a 6 de la tarde, a lo largo de la Avenida de la República)".

Antioquia lo rescató en sus últimos años y su hogar fue el que hoy ocupa con mucho honor la Academia Antioqueña de Historia. Aquí se reencontró con la entraña de su tierra, de sus costumbres, de sus antepasados.

Muy reconfortante debió ser para él, recibir ese tributo de los suyos en donde se le permitió morir en paz con los hombres y con las ideas, a la edad de 83 años.

Como bien lo anotara de manera jocosa el periodista antioqueño Sergio Aguirre López "murió de una trombosis cerebral, una enfermedad muy a propósito para el maestro de la pensadera y de la escribidera".

Muy grato resulta para mí, traer hoy el recuerdo de este gran pensador, quien le dejó al país millares de escritos sobre los cuales Colombia hará por siempre profundas meditaciones, porque provienen de un sabio intelectual que le supo responder a su patria con el numen fecundo de su genio. Por eso es que la gloria lo acompañará siempre y su nombre será ejemplo para estas y todas las generaciones por venir.

Antioquia la grande, se ha hecho aún más grande con este hijo predilecto de los dioses, que la escogió para encender su vida promisoría, fecunda y conductora.

Gracias a la Academia Antioqueña de Historia por permitírseme hacer parte de su seno; aspiro a no defraudarlos y a ser siempre un ferviente defensor de sus ideales.



...Sancho se duele con gran tristeza haber dejado a su rucio al cuidado de otros para ser gobernador de la insula y con cariño le dice: "después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias mil trabajos y cuatro mil desasosiegos".